

Crítica a las concepciones teóricas del Partido Obrero

Un aroma “socialdemocratizante”

José Luis Rojo

“La conciencia ‘catastrofista’, inclusive concebida como inminencia de la revolución, es un rasgo distintivo original del marxismo, de su concepción del hombre y la historia (...). Es lo que pone de relieve el español Ciro Mesa en un estudio reciente más que interesante y muy recomendable: sus escritos (los de Marx) se encuentran atravesados por el pensamiento de que la revolución está a la vuelta de la esquina, de que puede acontecer en el instante siguiente” (Pablo Rieznik, “La miseria de los economistas de izquierda”).

El Partido Obrero es la fuerza dominante del FIT de la Argentina, y ha obtenido la más importante representación parlamentaria de ese frente. Los compañeros comprenden estos logros como una suerte de legitimación de su elaboración teórica, sus concepciones. Sin embargo, si bien es verdad que el PO concentra una experiencia continuada en las últimas décadas en la Argentina¹, más de una vez se ha visto cómo las inercias teóricas y estratégicas acumuladas se transforman en graves problemas, si no desastres, cuando las responsabilidades crecen más allá de lo habitual.

Lamentablemente, el PO no parece estar aprovechando los éxitos de la hora para hacer este “autoexamen” sino, como es característico (pero no siempre correcto), para autoafirmarse, llegando al extremo de lanzar todo tipo de ataques contra las corrientes no “altamiristas”. Un operativo de hacer valer la

1. Nunca logró poner en pie una verdadera corriente internacional; más bien, siempre sostuvo una concepción contraria o “etapista” del tipo “primero hay que construir el partido aquí y luego se verá”...

figuración parlamentaria para saldar los debates estratégicos e históricos con las demás corrientes de la izquierda revolucionaria. A continuación, haremos una crítica de los profundos rasgos socialdemocratizantes y burocráticos del Partido Obrero.

1. AL CAPITALISMO HAY QUE EMPUJARLO POR EL ABISMO

El PO hace alarde de la supuesta justeza de su catastrofismo en materia del análisis de los revolucionarios: el capitalismo se cae a pedazos, la revolución siempre está a la vuelta de la esquina, son sus latiguillos permanentes. Se trata de una ubicación que no abreva en la tradición del marxismo revolucionario, que siempre estuvo en contra de este tipo de enfoques, sino más bien en ciertas tradiciones de las fracciones de la socialdemocracia alemana (e, incluso, de la III Internacional stalinizada); eran ellas las catastrofistas.

Es verdad que el revisionismo bersteiniano era, en cierta forma, anticatastrofista, al contar con un desarrollo evolutivo del capitalismo; su perspectiva socialista restaba como un “deber moral” que, de todas maneras, vendría por añadidura de la mera actividad cotidiana: el movimiento lo era todo, los fines nada.

Pero esto no quiere decir que las corrientes opuestas resolvieran correctamente las cosas: ser catastrofista podía significar, en definitiva, dejar los fines librados al *puro automatismo económico de la “catástrofe capitalista”*, malentendido sobre el que se basó el reformismo de Kautsky, principal teórico de la II Internacional.

Si en razón de sus posiciones revolucionarias Rosa Luxemburgo tenía algunos elementos catastrofistas, en su caso esto estaba puesto al servicio de una *perspectiva hacia la agudización de las contradicciones del desarrollo capitalista*, por oposición al revisionismo partidario y del propio Kautsky, que creía firmemente que las contradicciones del sistema tendían a reabsorberse.²

Quizá la obra “catastrofista” más valiosa en materia económica sea la de Henryk Grossman (*Ley de acumulación y bancarrota capitalista*, 1927, ver al respecto de Marcelo Yunes “Henryk Grossmann y la función económica del imperialismo”, *Socialismo o Barbarie* 23/24). En cualquier caso, si se sacan los elementos mecánicos de su análisis, queda un extraordinario estudio de la lógica de la acumulación capitalista que identifica la tendencia a la crisis creciente del sistema, de enorme valor. Demuestra que el capitalismo no tiene una lógica puramente “cíclica”, una suerte de “eterno retorno de lo mismo” (alzas y bajas regulares y simétricas sin tendencia evolutiva o involutiva de ningún tipo), sino que está pautado estructuralmente por *una dinámica a crisis históricas*.

2. Lenin criticará el enfoque de Kautsky, que veía la Primera Guerra Mundial como un fenómeno sólo “político” y no arraigado estructuralmente en las contradicciones mortales del sistema. Por su parte, es conocido que en los años 20 Hilferding y otros integrantes de la II Internacional desarrollaron la teoría del “capitalismo organizado”, basada en la idea de que la intervención del Estado tenía el efecto de apaciguar sus contradicciones.

*camente crecientes que hacen al fundamento material de nuestra labor socialista.*³ Un continuador de Henryk Grossmann en el terreno del análisis económico fue el trotskista Roman Rosdolsky, que en la segunda posguerra produjo un valioso estudio de los *Grundrisse* de Marx (*Génesis y estructura de El capital de Marx*).⁴

En cualquier caso, si el análisis de la tendencia a la crisis a las que llevan las contradicciones del sistema hace a todo abordaje marxista revolucionario del capitalismo, otra cosa es el catastrofismo *como concepción teórico-política*. La visión de que por el solo peso de las contradicciones económicas el sistema se vendrá abajo *no es real* ni caracterizó a los grandes revolucionarios como Lenin y Trotsky. Es conocido que el primero insistía en que no hay “solución puramente económica” a los problemas de la revolución social, ni era correcta la idea de que pudiera haber una situación “absolutamente sin salida” para la burguesía. Lenin enseñaba en lo contrario.

Trotsky desarrolló esto de manera teórica, yendo incluso más lejos en su debate acerca de los supuestos “ciclos” de la economía capitalista. Prefería hablar de “curva de desarrollo capitalista”, porque concebía la historia del desarrollo del sistema como un proceso pautado por la interrelación entre economía y política, entre economía y lucha de clases.

Esta manera de abordar el problema de la evolución del sistema en el terreno puramente económico deja a los factores políticos, subjetivos, como una mera “verruga” en la cara, como epifenómenos, no como factores que en determinadas condiciones objetivas se transforman en decisivos, definitorios del curso mismo de los acontecimientos: “No hay ninguna crisis que pueda ser, por sí misma, ‘mortal’ para el capitalismo. Las oscilaciones de la coyuntura crean solamente una situación en la cual será más fácil o más difícil al pro-

3. En su crítica a los abordajes catastrofistas, Claudio Katz, ex militante del PO, cae en este tipo de análisis: introduce elementos “funcionalistas” registrando las alzas y bajas del sistema como una circunstancia meramente cíclica que deja fuera de toda evaluación la dinámica histórica del sistema. Con este ángulo, asume el análisis de Ernest Mandel acerca de las “ondas largas” del desarrollo capitalista, caracterizado por cierto *esquematismo economicista* alejado del abordaje de Trotsky, que insistía que en materia de los “ciclos económicos” de largo plazo lo que hay es una “curva de desarrollo del sistema”, que imbrica tanto factores económicos como políticos (la lucha de clases), no ciclos puramente económicos.

4. En un pie de página de su obra, y luego de señalar correctamente que la caída de la tasa de ganancia es una ley tendencial sometida a causas contrarrestantes que mediatizan pero no anulan la operación de la ley misma, Rosdolsky agrega de manera unilateral: “La afirmación de que Marx no habría instaurado una ‘teoría del derrumbe’ debe remontarse ciertamente, ante todo, a la interpretación revisionista de su obra económica antes y después de la Primera Guerra Mundial. En este sentido nunca apreciaremos lo suficiente los méritos teóricos de Rosa Luxemburgo y Henryk Grossmann” (*Génesis y estructura de El capital de Marx*: 423). Si la crítica catastrofista a la posición revisionista de la atenuación de las contradicciones del sistema tenía su “carozo racional”, *las derivaciones economicistas y espontaneístas de tal abordaje no lograron pasar la prueba de los hechos históricos*.

letariado derrocar al capitalismo. El paso de la sociedad burguesa a la sociedad socialista presupone la actividad de personas vivas, que hacen su propia historia. No la hacen por azar ni según su gusto, sino bajo la influencia de causas objetivas determinadas. Entretanto, sus propias acciones –su iniciativa, su audacia, su devoción o, por el contrario, su estupidez y cobardía– entran como eslabones necesarios de la cadena del desarrollo histórico” (León Trotsky, *¿Adónde va Francia?*: 55).

El catastrofismo del PO es una herencia acrítica de ciertas tendencias del trotskismo de posguerra caracterizadas por una visión *teleológica* de la historia y la lucha de clases que señalaba que, de todas maneras, pasara lo que pasara, “el proceso iba hacia el socialismo” (rasgo característico del lambertismo, fracción del trotskismo francés de la segunda posguerra, en muchos sentidos corriente de origen del Partido Obrero). Y que la bancarrota del sistema (y la revolución social, como hemos visto en el acápite) estaba siempre “a la vuelta de la esquina”... No fueron capaces de apreciar la recuperación económica que significaron los “Treinta Gloriosos” en la posguerra, entre otras cosas.

Desde ya que el sistema capitalista está pautado por contradicciones mortales que lo llevan, una y otra vez, y cada vez de manera más dramática (visto de manera histórica), *al borde del precipicio*. Pero para que se caiga por él, hace falta que la clase obrera lo *empuje*. Se puede balancear al borde, pero si no es empujado, no perderá del todo el pie. En todo caso, puede llevar al abismo a toda la humanidad, como amenazó pasar en ambas guerras mundiales que marcaron el siglo pasado.

Pero no habrá salida progresiva automática de sus crisis si no intervienen la clase obrera y los revolucionarios. Eso es lo que le da su sentido al *pensamiento estratégico* y al pronóstico alternativo de socialismo o barbarie, íntimamente ligado a él.

2. EL ROL DEL PARTIDO REVOLUCIONARIO

Un segundo problema general del PO es el abordaje estrecho que hace de la lucha por las reivindicaciones de los trabajadores. Aquí se da un mecanismo que hemos señalado acerca de este partido en otros lugares. El PO establece una especie de acoplamiento desde afuera de reivindicaciones, siempre planteadas en el terreno mínimo, con el partido que se impone desde fuera de la lucha misma.

Por ejemplo, en oportunidad de la lucha del movimiento piquetero en la Argentina, el PO jamás defendió un *programa de transición* en relación con los desempleados. Pareció creer que la sola movilización por los subsidios de desempleo llevaría, “por su propia lógica”, a un escalón superior. Pero este avance de escalón nunca ocurrió: sólo el FTC (Frente de Trabajadores Combativos, organización piquetera ligada a nuestro partido) planteó una lucha real por trabajo genuino.

Al mismo tiempo, el PO definía al movimiento piquetero como un “movimiento socialista”. Pero son dos cosas muy distintas un movimiento de lucha

de los explotados *dirigido* por socialistas que un movimiento *propiamente socialista*. La realidad es que el de los piqueteros siempre fue un movimiento de lucha de los desempleados contra las condiciones de existencia más bárbaras creadas por la decadencia capitalista, pero nunca un movimiento socialista: el limitado programa levantado jamás podía ayudarlo a transitar ese camino, para no hablar de las dificultades para poner en pie una perspectiva de verdadera unidad de clase con los ocupados, como defendimos durante toda la experiencia desde nuestro partido.

Esto se vincula a un problema más general: el PO parece creer que la adquisición de la conciencia de clase y socialista por parte de los trabajadores es un proceso meramente "objetivo". Pero si fuera así, ¿para qué es necesario el partido? La realidad es que la obtención de la conciencia de clase es un *metabolismo complejo* que comienza por que los trabajadores realicen sus propias experiencias, aprendan de ellas, pero que a la vez *procesen esta experiencia en un vínculo cada vez más íntimo con el partido*.

No es verdad que toda movilización por su propia dinámica es revolucionaria. Este proceso es mucho más complejo. Tiene fundamento material en que la lucha se realice, pero a la vez debe ponerse en íntima relación con la organización revolucionaria y elevar el alcance de sus reivindicaciones hasta llegar a la comprensión de la necesidad de modificar el conjunto de la sociedad: "El socialismo no surge espontáneamente y en todas las circunstancias a partir de la lucha cotidiana de la clase obrera. Sólo puede ser consecuencia de las contradicciones cada vez más agudas de la economía capitalista y a partir del conocimiento, por parte de la clase obrera, de que es preciso superar tales contradicciones a través de la revolución social" (Rosa Luxemburgo, "¿Reforma social o revolución?": 134).

Pero el PO no entiende de esta manera las interrelaciones en juego. Sobre la base del catastrofismo y el objetivismo que lo caracteriza, su acción tiende a aparecer disociada, un poco al viejo estilo socialdemócrata de programa mínimo y programa máximo. En la práctica cotidiana está marcado por un aguzado "poroterismo" (como hemos criticado en otras oportunidades) al cual se le adosa desde afuera la perspectiva general, *sin que entre uno y otro término haya ninguna transición*.

Esto se puede hacer más crudo ahora que se han obtenido parlamentarios. Demasiadas veces el PO parece inclinado a *separar tajantemente* la "agenda parlamentaria" y su acción en ese ámbito de la dinámica de la lucha de clases, en vez de poner la acción parlamentaria al servicio de la lucha. El PO parece proceder por "compartimientos estancos" del estilo socialdemócrata: una cosa es la acción parlamentaria, otra la lucha sindical, parece decir. Una manera de abordar las tareas que carece de totalización, o cuya totalización se hace por fuera del proceso de lucha real y no en íntima conexión con él.

Esto ocurre, por otra parte, porque para el PO de lo que se trata es de *eleva solamente al partido*, y no que esta elevación del partido ocurra como parte de un proceso que tiene como objetivo fundamental la elevación política de la clase obrera y su vanguardia a las tareas de la revolución socialista.

La estrechez reivindicativa del PO y su separación tajante entre ambos terrenos son elementos que conspiran contra los objetivos de la política revolucionaria y tienen el peligro de derivar en una práctica socialdemocratizante.

3. ¿ESTADO DENTRO DEL ESTADO U ORGANIZACIÓN DE COMBATE?

Íntimamente vinculado a lo anterior está la errónea idea del PO de que el partido revolucionario debería tender a ser una suerte de “Estado dentro del Estado”, concepción que era característica de la socialdemocracia alemana: “El partido obrero no se limita a ser un ‘instrumento político’, sino que representa una modificación de alcance histórico en las relaciones entre las clases. En última instancia, equivale a la formación de un Estado dentro del Estado, un principio de doble poder; representa un cambio histórico cualitativo” (“El estudio del *¿Qué hacer? un siglo después*”, *Prensa Obrera* 1257).

Cómo a partir del estudio de la concepción del partido de Lenin se llegó a esto, sólo Mandrake puede saberlo. En todo caso, una cosa es segura: esta definición está equivocada de cabo a rabo y no figura en ningún renglón de la obra clásica del gran revolucionario ruso.

El hecho es que sobre la base de las presiones objetivas del crecimiento económico y de una vida política puramente parlamentaria, esta concepción de la socialdemocracia transmitía la idea de una “autosuficiencia” que llevaba al conservadurismo y lo alejaba del carácter de *partido de combate* en las luchas de la clase obrera de la organización revolucionaria.

El PO tiene un grave problema de concepción cuando considera que el partido concentra *todas* las relaciones políticas de la clase como tal; es una definición equivocada que pierde de vista que el partido es, en definitiva, *la expresión política del sector más avanzado de la clase obrera*, no de toda la clase obrera. Si fuera así, haría a la *pérdida del carácter del partido como organización de vanguardia*, de combate, diluyéndolo en toda la clase, marcada inevitablemente por elementos de atraso político que sólo en el largo proceso de la revolución y la transición al socialismo pueden ser reabsorbidos.

4. CUANDO EL PARTIDO ES TODO Y LA CLASE OBRERA NADA

El PO tiene otro problema vinculado a las cuestiones de la conciencia del proletariado y la construcción del partido. Reduce, esquemáticamente, todo el mecanismo de la subjetividad al partido. Se podría decir que para ellos “el partido lo es todo, la clase nada”. Pero esto es un grave error. No porque esté mal “inclinarse la vara” para el lado del partido, para el lado de su construcción; la experiencia histórica indica que no hay propiamente revoluciones socialistas, y menos aún proceso de transición al socialismo, sin la clase obrera y el partido revolucionario al frente del proceso.

El PO no comprende la *complejidad* que suponen estas relaciones. Comprende solamente la necesidad del partido, y nada más. Y, para colmo,

muestra una ceguera absoluta a la hora de extraer cualquier enseñanza del proceso histórico vivo del siglo XX, que muestra que las cosas no son tan lineales.

Trotsky recordaba algo que el PO olvida habitualmente: *no sólo la clase sin el partido no es nada; tampoco el partido sin la clase obrera es mucho*. Veamos si no la experiencia de la Oposición de Izquierda en el Partido Bolchevique (o lo que quedaba de él) en los años 20. Trotsky señalaba, correctamente, que la derrota de la fracción obrera bolchevique que ésta encarnaba se debió, en primera y fundamental instancia, al retroceso, desmoralización, y, en definitiva, *derrota* de la clase obrera rusa. No se pudo apoyar en ella para sustanciar su batalla contra el stalinismo.

El PO no puede desconocer el genial texto de Christian Rakovsky “Los peligros profesionales del poder”, donde el gran compañero de Trotsky en la batalla contra el stalinismo ascendente desarrollaba agudamente el tremendo problema de que la clase obrera hubiera salido del “espacio público”, de que “la plaza hubiera quedado vacía”. Trotsky lo parafrasea de esta manera: “Un partido político es sólo un instrumento histórico transitorio, uno de los muchos instrumentos y escuelas de la historia (...). Sólo quienes se [orientan] por la discusión abstrusa pueden pedir de un partido político que sojuzgue y elimine los factores, mucho más poderosos, de masas y clases hostiles a él (...). La revolución machaca y destruye la maquinaria del viejo Estado. Ahí reside su esencia. La liza está repleta de contendientes. Ellos deciden, actúan, legislan a su modo, exento de precedentes, juzgan y dan órdenes. *La esencia de la revolución está en que la misma masa se constituye en su propio órgano ejecutivo*. Pero cuando la masa se retira del palenque, vuelve a sus diversas residencias, a sus vivencias particulares, perpleja, desilusionada, cansada, el teatro de los acontecimientos queda *desolado*. Y su frialdad se intensifica cuando lo ocupa la nueva máquina burocrática” (*Stalin*, tomo II: 283).

Conclusión: *el partido, la dictadura del proletariado, sin la clase obrera, no son nada; al menos no como organización revolucionaria del poder de esta misma clase*.

El PO parece contar *poco* con la clase; o, en todo caso, cuenta con ella pero como con una clase obrera *muda* que no parece tener nada que decir, sin arte ni parte en el proceso de la revolución social. De ahí que unilateralice completamente el rol del partido revolucionario en *abstracción* de la misma clase, su vanguardia, sus organismos, su conciencia y demás mecanismos de la subjetividad de la clase obrera que incluyen, claro está, al partido revolucionario en un lugar privilegiado.

5. LA INCOMPRESIÓN DEL DOBLE CARÁCTER DE LA DICTADURA DEL PROLETARIADO

“La dictadura del proletariado es opuesta [por un tal Zyromsky, que en los años 30 iba desde posiciones centristas hacia el stalinismo. RS] a la democracia proletaria. Sin embargo, la dictadura del proletariado, por su

propia esencia, puede y debe ser la suprema expansión de la democracia proletaria. Para realizar una grandiosa revolución social, el proletariado necesita la manifestación suprema de todas sus fuerzas y de todas sus capacidades: se organiza democráticamente precisamente para terminar con sus enemigos. La dictadura debe, según Lenin, 'enseñar a cada cocinera a dirigir el Estado'. La espada de la dictadura está dirigida contra los enemigos de clase; la base de la dictadura está constituida por la democracia proletaria". (León Trotsky, ¿Adónde va Francia?).

Esto nos lleva a un último problema en la concepción del PO: cualquier análisis de la burocratización de la Revolución Rusa, cualquiera evaluación histórica que subraye la importancia de la democracia obrera, de los organismos de poder de la propia clase, es considerado por el PO una posición "democratizante", es decir, *oportunist*: "La función histórica de la dictadura del proletariado es (...) la destrucción del poder de la burguesía, no la instalación del reino de la libertad (...). Entre los trotskistas, el revisionismo tomó una forma distinta [se refiere a la socialdemocracia alemana de comienzos del siglo XX. RS], que caracteriza al gobierno obrero como una forma de autodeterminación de las masas, privándolo de su filo revolucionario: la expropiación de la burguesía" (Christian Rath, "El Partido Obrero y el gobierno obrero", 24-1-13).

Oponer la dictadura proletaria a la democracia obrera es un *disparate*, y más proviniendo de una organización que se considera "trotskista". Es no haber entendido *nada* de las lecciones de la lucha de clases del siglo XX y de la mecánica del proceso de transición al socialismo. Una experiencia donde, además, en la segunda posguerra sí se expropió a la burguesía, pero eso no llevó a la clase obrera al poder.

Claro que hay análisis verdaderamente "democratizantes"; en su momento Lenin y Trotsky enfrentaron las posiciones reformistas de Kautsky que significaban una capitulación escandalosa a la "democracia en general" (que no era otra cosa que la democracia burguesa) en detrimento del poder proletario. Se trataba de la crítica socialdemócrata a la Revolución Rusa. Una década después, Trotsky tuvo que polemizar con algunos militantes revolucionarios desmoralizados (el caso de Víctor Serge) alrededor del balance de Kronstadt; ver al respecto *Su moral y la nuestra*.

Pero otra cosa muy distinta es perder de vista la importancia estratégica, la naturaleza íntimamente *democrática* que necesariamente tiene el poder de la clase obrera, la dictadura del proletariado; *el carácter necesariamente colectivo de la organización de su poder*.

El PO ha perdido completamente de vista el carácter de la dictadura del proletariado como dictadura y democracia de "nuevo tipo", tal como lo planteó Lenin en *El Estado y la revolución*. Efectivamente, la dictadura proletaria es una dictadura de nuevo tipo porque, en su caso, *es ejercida por la inmensa mayoría de la población sobre una minoría*, y no como fueron en el pasado todas las dictaduras. Pero, a la vez, es una democracia de nuevo tipo

en la medida en que es *el gobierno de la mayoría de los explotados y oprimidos*, un régimen que en el pasado nunca existió.⁵

Y no se trata solamente de un texto de Lenin entre otros. Se trata de toda la experiencia de la degeneración burocrática de la Revolución Rusa la que está puesta sobre la mesa alrededor del significado de esta definición leninista, y las consecuencias de que la dictadura del proletariado dejara de ser una “democracia de nuevo tipo” (¡uno de cuyos objetivos era “enseñar a cada cocinera a dirigir el Estado”!). El PO ni siquiera sospecha que la pérdida de su carácter democrático significaría, literalmente, la pérdida del poder por parte de la clase obrera y dejar de ser, realmente, una dictadura del proletariado.

5. El PTS ha intentado hacer una crítica al PO con algunos puntos de contacto con la que planteamos aquí. Sin embargo, al hacerlo de una manera tan esquemática como doctrinaria, deja lugar a que el PO lo ridiculice (ver crítica de Coggiola a sus posiciones en “Partido obrero y gobierno obrero”, parte 2). Y en su balance el PTS tampoco es consecuente, al considerar que todo se reduciría a una “pelea de modelos”: uno “democrático” (con soviets) y otro “burocrático” (sin soviets), pero de todos modos ambos serían “formas de poder proletarias”.

